



El Maestro de Cuba

Por PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

ENRIQUE José Varona murió, de ochenta y cuatro años, a fines de 1933. Para morir eligió—¡cuántas veces es hora de elección la hora de la muerte!—el momento grave entre todos en la vida de su patria. Como Hostos, se fue de la vida en uno de los momentos agudos de la agonía antillana, rendido bajo la pesadumbre momentánea del desastre. No le flaqueó, de seguro, la fe en los destinos de Cuba, empeñada decisivamente en su regeneración; hubo de agobiarlo la visión de la dura cuesta de penas que el pueblo cubano se dispuso a subir, ¡otra vez!, para alcanzar la cima de libertad y decoro.

Durante cincuenta años Varona fue maestro de Cuba: maestro desde la juventud, maestro grave, rodeado de respeto por su pueblo, en apariencia frívolo. El pueblo cubano posee don de alegría y forma excepcional en medio de “la tristeza de América”, lugar común de propios y extraños. En Cuba se habla de la tristeza cubana; se citan como pruebas la música—a veces lenta y lánguida, pero no dolorosa—y la poesía: ¿pero dónde es alegre la poesía? Quien haya visto La Habana, ese sabe lo que es ciudad gozosa, donde todo se ha dispuesto para placer de los sentidos, en contraste con tantas ciudades de América, desanimadas unas, porque sus habitantes ignoran las artes de la diversión; tristes otras, porque el alma indígena las vence, con su entraña de nihilismo. Y el don de alegría vence todas las crisis; ningún pueblo de América ha sufrido como Cuba en sus dos guerras de independencia, pero de ellas ha salido siempre con ímpetu nuevo. No es frívolo el pueblo que en América ha dado más horas y más vidas por la libertad, en su rebeldía de ochenta años.

Varona, sereno al parecer, “dueño de sí y de sus actos”, vivió siempre en rebeldía, la rebeldía de la inteligencia, que bajo las ficciones triunfantes descubre el error y el mal: primero, en la ciega

y sorda dominación colonial, que no supo ver en el bien de Cuba su propio bien; después, en el disolvente egoísmo de la vida política bajo la independencia.

Nunca fue Varona uno de esos que el vulgo llama políticos prácticos, moderna plaga de hombres que de nada entienden y de todo se apoderan, en ansia de mando y de lucro, estorbando la función de quienes ponen, saber y virtud al servicio y ejemplo de la sociedad. No fue político práctico, pero estuvo siempre en la acción política, como libertador y como civilizador, desde su mocedad hasta sus últimos días, y deja en su tierra hondo surco, como no lo ha sabido labrar ninguno de los jefes del Gobierno. Colaboró primero en el largo esfuerzo de Cuba para alcanzar la independencia, desde la guerra de 1868 hasta la de 1895 (entonces recogió la herencia de Martí en la activa dirección de “Patria”, el vocero de la insurrección, y redactó el manifiesto oficial del movimiento); luego en la organización de la República (1899-1902) como miembro del Gabinete, reconstituyendo de golpe, sobre bases nuevas, todas las instituciones de enseñanza y dando al país “más maestros que soldados”; después, señalando orientaciones en la prensa, con clara exactitud y mesurada energía, hasta que la opinión lo hizo presidente de partido en momento de crisis nacional y lo llevó a la Vicepresidencia de la República: allí nunca estuvo en silencio, persistió en su prédica y no perdonó siquiera los errores del grupo en que se hallaba inscrito, pero no sujeto; al final, lejos ya de puestos públicos, se puso al lado de la juventud empeñada en librar a Cuba de la maraña opresora a que la condujeron veinte años de desorden político; tuvo el singular honor de ser tratado como rebelde en su ancianidad.

Ejerció, pues, al magisterio político, que era parte de su magisterio integral de virtud y saber. En sus primeros años de actividad, después de la iniciación juvenil en la literatura, se encaminó hacia la filosofía. Adquirió la fe en las ciencias de la naturaleza—feliz contagio de su siglo—y esperó apoyar en ellas el pensamiento filosófico. Concibió y compuso tres obras sistemáticas que ofreció al público en conferencias: “Lógica”, “Psicología”, “Moral”. (1880-1882). Quiso con ellas señalar a su país los rumbos del pensamiento de la época. La enseñanza filosófica oficial era de tipo arcaico. Hombres eminentes la habían combatido: uno de ellos, cabeza agudamente original, corazón fervoroso de apóstol, había dejado larga estela intelectual y moral. Ser discípulo de José de la Luz era en Cuba pertenecer a una hermandad como la de los discípulos de Sócrates. Y la innovación filosófica era forma de rebeldía. Los tres célebres cursos de Varona fueron la fase última de la rebelión. Abrieron el camino a la difusión de Comte y Mill, de Spencer y Bain, de Taine y Renán. Tanta la difusión, que el pensamiento cubano quedó teñido de positivismo durante medio siglo.

Pero Varona, desde que comienza su madurez, se aleja paso a paso de todo positivismo. El público empezó a llamarlo escéptico. No eran doctrinas filosóficas expresas las que le valían el tí-

tulo nuevo: eran actitudes y reflexiones ante las cosas del mundo, ante la inveterada locura de los hombres. Repetía la exclamación de Puck: "Lord, what fools these mortals be!" Y declaraba, como compendio de su experiencia: "El hombre ha inventado la lógica, y no conozco nada más ilógico que el hombre. . . como no sea la naturaleza". De sí mismo llegó a dudar que pudiese ejercer influencia espiritual duradera; adoptó como lema "In rena fondo e scrivo in vento". No sospechaba el futuro alcance de su ejemplo y de su palabra. Pero mantenía la fe en la necesidad de trabajar por el hombre; ante todo, por el que tenía cerca, el de su tierra.

En 1911, instigado por la curiosidad y la incertidumbre de la opinión, dió en el Ateneo de La Habana una conferencia que intituló: "Mi escepticismo". Confesó escepticismo intelectual en el campo de la razón pura, pero declaró que se acogía a la razón práctica. El escepticismo no está reñido con la acción. "La acción es la salvadora". Era, pues, escéptico, como lo sospechaba el vulgo; pero escéptico activo, sin ataraxia, sabedor de que, sean cuales fueren las insolubles antinomias de su dialéctica trascendental, su razón práctica debe optar, y la mejor opción es la de hacer el bien. Años después otro pensador de origen hispánico, George Santayana, adopta posición parecida: lleva el escepticismo hasta sus raíces hondas, pero de regreso se acoge a la fe práctica en la existencia del universo, a "la fe animal". De ahí parte Santayana para reconstruir su filosofía, con estructura muy diversa de la que tuvo en su juvenil "Vida de la razón". Pero Varona no formuló una filosofía en los tres tratados de su juventud: de ellos, el más filosófico, la "Moral", es el menos audaz y el menos personal, el menos semejante al Varona definitivo. En su madurez, tampoco formuló filosofía; se contentó con darnos sus reflexiones de moralista, dentro de la mejor tradición griega y francesa "Con el eslabón". Nada sale indemne de sus sentencias: ni los sistemas de los filósofos, ni las hazañas de los guerreros.

Estas reflexiones escépticas se resuelven siempre en censura de actos individuales—frecuentes, tanto como se quiera, pero individuales al fin—y en la declaración del perpetuo conflicto entre lo real y lo racional. Lo que nos sorprende como general en el error humano, se debe a que pretendemos reducir al hombre a esquemas intelectuales simples, sin atender a las fuerzas que en él proceden de fuentes distintas de la razón. No obliga a desesperar de la humanidad. Siempre queda espacio para buscar, en actos individuales o en hechos sociales, altura, profundidad, intensidad. Y nadie mejor que Varona para admirar y loar cuanto fuese admirable y loable. A ningún mérito que tuviera delante de sí se mostró insensible; se complacía en exaltarlos, escogiendo en el mundo que lo rodeaba una jugosa antología de la virtud. ("Mi galería", por ejemplo). Era en eso como Giner, como Sarmiento, como Hostos, como Martí, como Justo Sierra.

Y estudiaba los problemas sociales con valentía: su claridad de pensamiento veía pronto las soluciones y los medios. En la práctica, en su acción

propia, demostró cómo se afrontan cuestiones difíciles y cómo se resuelven a fuerza de lucidez y de perseverancia. Así, el escéptico en filosofía resultaba civilizador lleno de decisión.

Como quien tiene los ojos acostumbrados a perspectivas amplias, en el espacio y en el tiempo, no se sorprendía ni atemorizaba ante ninguna innovación teórica ni práctica en la organización y el gobierno de las sociedades. El ex presidente del partido que se llamaba conservador, no se sabe por qué, pues en nada substantivo difería del que llamaba liberal, fraternizaba, sin esfuerzo, en su vejez, con jóvenes socialistas consagrados al bien de Cuba. Como ejemplo de este pensar radical, que ve dibujarse los exactos contornos del futuro sin irritarse ante los cambios ineludibles, y acoge con simpatía lo que hay en ellos de justicia, son perfectas sus palabras a propósito del movimiento feminista. (1914).

"Hay que disponer nuestro espíritu a la más difícil de las adaptaciones, a la adaptación inestable, y a sabiendas inestable. Hemos de realizar múltiples ensayos, y de presenciar y sufrir no pocas conmociones. . . El círculo de hierro y de fuego en que había pretendido el hombre encerrar a la que llamaba con inconsciente hipocresía su compañera, se ha roto para siempre. . . Hay algo ya definitivo y de incalculables consecuencias: la emancipación del espíritu de la mujer. Despidámonos, no sin cierta melancolía, de la Eva bíblica, y demos otra significación mucho más honda al eterno femenino del poeta".

La vocación esencial de este civilizador, si nos atenemos a sus confesiones propias, no era la filosofía ni menos la política: era la literatura. Nacido en hogar tradicional, de costumbres graves y biblioteca numerosa, esperaba tal vez en su adolescencia llevar vida tranquila, libre de azares, entregado a las letras. Se inicia escribiendo versos (los hizo siempre severos y pulcros), formando una antología de sonetos clásicos, proyectando una edición anotada del "Viaje del Parnaso", de Cervantes, preparando un estudio crítico sobre Horacio. Pero antes de cumplir los veinte años lo sobresaltó en su jardín de poesía el estallido de la primera gran insurrección cubana. Desde entonces su atención estuvo siempre dividida entre los dolores vivos de su tierra y los quietos deleites de la contemplación estética. Junto a su actividad en favor de Cuba, en realidad fundiéndose con ella, y sometiéndosele, persistió su labor literaria. Fue uno de los escritores excepcionales en América: excepcional, desde luego, por la riqueza de pensamiento, por la cultura extensa, afinada y segura, por el estilo terso y conciso, donde la expresión eficaz va matizada de dulzura luminosa. De su expresión ha dicho Sanin Cano que en ella "el verbo no se hacía carne; al contrario, y la materia se espiritualizaba en volutas de ingenio profundo y de gracia sutil y comunicativa".

Pero como su literatura estaba al servicio del bien humano, se sentía obligado a difundir ideas para la construcción espiritual de su pueblo; de ahí su larga atención a la filosofía como enseñanza renovadora y orientadora. Para la sola literatura no le quedó otro tiempo sino el que dedicó

a estudios críticos y a breves ensayos. Como crítico, entre los de habla española es de los muy primeros, y de los mejores, en el estudio psicológico, desde su conferencia sobre Cervantes (1883). Como ensayista, dejó maravillas de meditación, o de humorismo filosófico, o de juicios sobre hechos sociales, como su descripción del "desquite" de la sociedad inglesa en el proceso de Oscar Wilde (1895).

Varona, en fin, fue uno de estos hombres singulares que produce la América española: hombres que, en medio de nuestra pobreza espiritual se echan a las espaldas la tarea de tres o cuatro. El deber moral no los deja ser puros hombres de letras: pero su literatura se llena de calor humano, y los pueblos ganan en la contemplación de altos ejemplos.

(De Revista "Cubana". Publicación de la Secretaría de Educación. Habana, Cuba).

T u p i - N a m b á

Por LUIS ALBERTO SANCHEZ

COMIENZA en elegía y termina en ditirambo: café de "Tupí-Nambá". Cosmópolis en la otra orilla, y lo castizo en esta ribera. Allá el gringo, y acá el criollo, porque lo mestizo cede bajo el avatar hispano y la presión de lo culto: café de Tupí-Nambá. Ahí está la mesa de Juan Parra, cuya memoria perpetuase en una calle alta, sin que su peruanidad ni su juventud retrajeran el homenaje. Aquí está ahora la Peña taurina "Guerrista", porque en el Uruguay adusto de Batlle Ordoñez ha renacido la tradición taurina de panem et circens bajo la "dictadura" de don Gabriel Terra.

En Buenos Aires, se jadea hasta en la siesta y se sesteja en el jaseo. Aquí no hay sesteo ni jaseo. Se conversa a largos sorbos, sin vehemencia de cosmópolis, sin descastamiento, con delectación de gourmets. Bien pudo, pues, florecer Rodó, terso y mayestático. Y encalló en cambio Florencio Sánchez, exceso de nerviosidad para una ciudad sedante. Herrera y Reissig, otro manojito de vibraciones, buscó el amparo del exilio en la Torre de los Panoramas. Pero Vaz Ferreira ejerce su ponderado magisterio desde la Universidad, y Juana de Ibarbourou se encamina al catolicismo después de plantos y trenos arrancados a la carne sin mengua de la castidad.

En torno a las mesillas del Tupí-Nambá, se habla del arte y de toros. Arte y toros: cuando uno quiere ahondar en la psicología de Carlos Reyles, el autor de "El Embrujo de Sevilla", basta iniciar un paso de muletas a una silla, lanzar como piropo, al azar de la beldad transeúnte, cualquier giro encendido de sangre y trapío: "lo enganchó por la faja", "se le arrancó corto y derecho", "se creció al castigo", Reyles, figura enjuta de monje encenizado de arrepentimiento, se yergue entonces. El padre de las serenas "Incitaciones" recuer-

da al del "Embrujo". La cultura uruguaya de gauchaje y caudillismo, Ateneo y Barlismo, se rebela y lanza a las fuentes de lo castizo. Bajo el viejo Batlle el "Tupí-Nambá" fue peña literaria. Uruguay depuraba su tradición encaminándose a Occidente. Baho Terra, el "Tupí-Nambá" es peña literaria y además, taurina: Uruguay retorna a lo criollo, con sus caudillajes, asonadas y tropelías cívicas. Clima de insurgencia, "revolución del machete" comentaría Emilio Frugoni, poeta y líder político... El ditirambo se trueca en elegía: "Tupí-Nambá".

Balneario: no puerto

Montevideo ha absorbido la vida del Uruguay. Si Buenos Aires con sus tres millones de habitantes en una nación de doce millones de pobladores, dentro de una superficie de cerca de dos millones de kilómetros cuadrados, es un ejemplo de centralización, Montevideo lo es mucho más aún. De los cerca de tres millones de uruguayos que pueblan la República Oriental, casi uno reside en la urbe capitalina. Y ésta yergue su gallardía marinera entre el Atlántico y el Plata.

Asomarse a sus linderos es siempre asomarse al mar, mar de río, mar paradógico y constreñido; mar de mar, ancho mar que baña Europa; mar por doquiera, azulosidad de mar, clima de mar, pero jamás ambiente de puerto. Buenos Aires es más puerto que Montevideo. Porque Montevideo es balneario antes que nada. Ahí los ojos van de fiesta, mientras que en el puerto salen de pesquisa. El porteño vive de prisa o trata de parecer de prisa, pero en el balneario la hamaca asordina las estridencias y duplica la serenidad del mate.

Las viejas revoluciones tuvieron que ser poemas campestres en esta banda oriental del Río de la Plata. Frente a Rosas y bajo el asedio, Montevideo más que "Nueva Troya" fué Nuevo Parnaso. Todos los poetas adversos a la tiranía hallaron ahí acogida y protección. Rivera Indarte, prófugo de sí mismo y de su admiración primeriza a don Juan Manuel, encontró en Montevideo las rimas que le faltaban para su himno contra Rosas. Y Florencio Varela, poetísimo, hubo de ser asaltado por la muerte ahí donde un poeta tenía importancia, porque en el Buenos Aires creciente los poetas apenas si eran ciudadanos. José Mármol canta desde su banda fronteriza contra la dureza del régimen, y exhala sus "cantos del peregrino". Los otros emigrados, los más rijosos, los más constructivos, los más polémicos, anidaron en Chile, junto a los Andes, entre riscos de peñas y de humanidades, entre picachos obsoletos. Sarmiento anduvo, como Alberdi, en la faja angosta del otro lado de los Andes. Juan María Gutiérrez, Varela, Mármol, Echeverría, Rivera Indarte, encontraron en Montevideo luz para su policía y sus retinas. La polémica en Montevideo adquiere caracteres cívicos y durezas galantes. Por encima de las pasiones, hay un supremo director que melifica las actitudes y las reviste de belleza estatutaria. Sobre el dombo del cielo azulísimo, se recortan mejor que sobre la bruma del firmamento bonaerense, manchado de humaredas fabriles, las siluetas de los monumentos. Monumento de Batlle Ordoñez, mos-